

XX Sínodo de la Orden Cisterciense – Roma 24-27 de septiembre de 2019

Misa votiva del Espíritu Santo

Martes de la 25ª Semana del Tiempo Ordinario

“Vinieron a él su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él. Entonces le avisaron: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte». Él respondió diciéndoles: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 8, 19-21)

En el Evangelio de este día, en tres versículos se repite por tres veces la expresión “madre y hermanos” referida a Jesús. La primera vez en tercera persona: “su madre y sus hermanos”. La segunda vez a la segunda persona: “Tu madre y tus hermanos”. La tercera vez, en labios del mismo Jesús, a la primera persona: “Mi madre y mis hermanos”. Es como si la definición de la madre y de los hermanos de Jesús se “acercase” progresivamente a Él.

Este acercamiento progresivo parte de una situación de distancia, de separación, porque María y los hermanos de Jesús están fuera y no consiguen acercarse, en efecto, la multitud hace de obstáculo y de barrera entre ellos y Jesús. Desean ver a Jesús, pero no lo consiguen. Alguno llega para transmitir a Jesús este deseo: “Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte”.

Entonces, Jesús parece querer aprovechar esta situación para hacer un anuncio que dilata la circunstancia y las palabras hasta abrazar a todos sus discípulos, incluidos nosotros mismos. Ser madre y hermano o hermana de Cristo ya no es un privilegio carnal, de parentesco, por tanto, restringido y exclusivo: se convierte en una vocación universal, que tiende a estar reservada a todos. Esto no reduce la santidad y el privilegio de María, ni de sus parientes más estrechos: simplemente los dilata. Se pasa de un privilegio de la naturaleza a un privilegio de la gracia; y es precisamente respondiendo de esta forma como Jesús describe la verdadera cualidad de la maternidad de la Virgen, que es una maternidad de gracia que se expresa en la naturaleza, en la carne.

Este episodio permite a Jesús revelar que el fin del Evangelio, del anuncio de la palabra de Dios en el Verbo encarnado, no es solo una conversión moral de las personas, sino más bien un cambio ontológico, un cambio de identidad, gracias a la relación con Jesús. Ser madre o hermano o hermana de Jesús es una identidad nueva, una renovación de nuestro ser que depende toda ella de la relación que tenemos con Él. No se puede ser madre sin hijos, como no se puede ser hermano o hermana sin compartir con otros un padre, una madre. Jesús nos anuncia que es a través de la comunión con Él como cambia nuestra identidad, la definición de lo que somos.

Jesús nos anuncia, por lo tanto, una gracia extraordinaria, maravillosa. ¿Pensamos de verdad en esto? ¿Nos damos cuenta de lo que significa para nosotros? Ser madre de Cristo y hermano o hermana de Cristo quiere decir que el cambio de nuestra persona está ligado a una *generación*, a un nacimiento, como sugiere Jesús a Nicodemo (cf. Jn 3,3ss).

Ser madre quiere decir poder engendrar, ser hermanos quiere decir ser engendrados por un mismo padre. Jesús dilata a todos la gracia de tener una identidad toda ella determinada por *Su* ser Hijo del Padre y de María, con la hermandad que la misma comporta, una hermandad que no puede estar ya limitada a la parentela de María y de José, sino engendrada por Dios Padre.

La condición para vivir esta gracia, para llegar a ser lo que Cristo nos concede, es la de “escuchar la palabra de Dios y cumplirla” (cf. Lc 8,21). ¿Qué significa esto? Jesús no dice que escuchar y poner en práctica la palabra de Dios es la condición para llegar a ser simplemente sus discípulos, porque esto lo puede decir y obtener cualquier maestro o filósofo, sino para llegar a ser su madre y sus hermanos. Entendemos que esta gracia nos remonta al modo de ser discípula de María, nos remonta a la Anunciación, y a la actitud constante de la Virgen de dejarse no solo instruir sino *transformar* por la palabra de Dios. Y la gran transformación que obra el Verbo de Dios en María es Su encarnación, su hacerse carne para salvar el mundo. Sin encarnación, Jesús no habría tenido una madre, ni hermanos o hermanas. Así pues, en este episodio Jesús nos anuncia que desea continuar en cada uno de nosotros y entre nosotros el acontecimiento que María vivió de modo privilegiado y paradigmático, permitiendo al Espíritu Santo descender sobre ella y encarnar en ella al Hijo de Dios.

No estamos destinados solo a ser discípulos de Cristo, a escuchar y seguir sus palabras como fieles servidores, porque esto podría limitarse a una relación con Él solamente teórica, formal, realizada más por nosotros que por Él. Por el contrario, estamos destinados a la encarnación del Verbo en nuestra vida, a llegar a ser su Cuerpo. Y, en esto, incluso la fraternidad no es solo un parentesco exterior, sino un estar unidos por ser todos miembros vivos del Cuerpo de Jesucristo.

Dicho así, parece complicado, pero en el fondo es algo muy sencillo, porque no se trata precisamente de entender y de hacer, sino de permitir al Padre engendrar al Hijo en nuestra carne por obra del Espíritu, de modo que nuestra vida, como en María, se convierta en encarnación de Su presencia y de su relación fraterna con todos.

También una reunión eclesial y sinodal, como la que comenzamos con esta Eucaristía, no debe preocuparse tanto del discipulado, sino de abandonarnos al don del Espíritu Santo que nos hace capaces de encarnar al Señor, de permitirle tomar carne y hacer morada en medio de nosotros, hasta la fecundidad materna de poder custodiar y transmitir su presencia a los demás, engendrando nuevas relaciones, fraternas, con todos.

Así pues, también el éxito de nuestro encuentro, de nuestro discutir y trabajar juntos, no será solo algo que habremos entendido y decidido nosotros, sino un renovarse del acontecimiento del Hijo de Dios que renueva el mundo renovando nuestras personas, nuestras comunidades, toda la Orden y la Iglesia universal.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist